

culminantes del amor, aunque raras veces en una reunión de amigos; puede transformar la súbita vislumbre de un paisaje en un signo irradiado; acoza a cierta música para nosotros; su luz y sus sombras extrañas se proyectan sobre ciertas escenas del drama y la novela. Siempre añade profundidad a la vida, sugiere un Tiempo más amplio, abre una nueva dimensión.

Nunca persiste mucho tiempo, al menos para la mayoría de nosotros, pero si, clavados en nuestra atención al tiempo Uno, cesamos de tener consciencia de ese algo más, ese extra de lo desconocido, llegando realmente de otro modo de Tiempo, entonces empezamos a sentirnos rancios y cansados. No solo no estamos preparándonos para la existencia en el otro mundo, sino que empezamos a perder interés incluso por este, porque la escena es insípida y sus colores se apagan. Morir no es cerrar los ojos cuando llegamos al término de nuestro tiempo Uno: es elegir la vida en dimensiones excesivamente escasas.

6

Así, pues, mi creencia personal consiste en que nuestras vidas no están contenidas en el tiempo que pasa, un solo camino por el cual nos apresuramos hacia el olvido. Existimos en más de una dimensión de Tiempo. Nuestro yo en los tiempos Dos y Tres no puede desvanecerse en la tumba; incluso ahora ya está más allá de la misma. Puede que no seamos seres inmortales—no pienso que lo seamos o que deseemos serlo—, pero somos algo mejor que criaturas transportadas por ese camino de tiempo único hacia el matadero. Poseemos una porción de Tiempo más grande—y más numerosas y extrañas aventuras con el mismo—de lo que concede el pensamiento convencional o positivista.

Empero, es una porción. No disponemos de un Tiempo ilimitado aunque qué serán los límites en el tiempo Dos y el tiempo Tres, es algo que no sé. Ni, desde luego, sé lo que sucede. Sin embargo, sospecho que en el tiempo Dos empezamos por ser más esencialmente nosotros mismos que en el tiempo Uno, pero terminamos por ser menos nosotros mismos, desvaneciéndose por completo en el tiempo Tres la personalidad tal y como la conocemos.

No somos semidioses, ni somos ganado tampoco. Somos más que nuestros cerebros, pero

creo que, al final, no somos más que la consciencia para cuyo servicio existen esos cerebros. Hay en mí algo más grande y más perdurable que cualquier otra cosa en mi experiencia del tiempo Uno. Pero fuera o más allá de esa experiencia, no en el tiempo Uno, hay algo infinitamente más grande y perdurable que todo cuanto yo pueda reivindicar como mío. Comprendí esto en aquel sueño o visión de las aves, que describí hace veinticinco años en *Rain Upon Godshill* [*Llueve en Godshill*], de donde tomaré la cita. El marco del sueño debió mucho al hecho de que no mucho tiempo antes, a hora avanzada de la noche, yo había ayudado en un *bird-ringing* en el faro de St. Catherine, en la isla de Wight.

Soñé que estaba de pie en lo alto de una torre elevadísima, solo, contemplando desde arriba miríadas de aves que volaban en una dirección. Estaban allí todas las especies de aves, todas las aves del mundo. Era un noble espectáculo aquel vasto y aéreo río de aves. Pero, de pronto y de manera misteriosa, cambió el engranaje y el tiempo se aceleró, de modo que vi generaciones de aves, las vi romper los cascarones, nacer a la vida, debilitarse, vacilar y morir. Las alas solo crecían para arruinarse; los cuerpos eran lisos y lustrosos, y luego, en un abrir y cerrar de ojos, sangraban y se consumían, y la muerte hería por doquier a cada segundo. ¿Cuál era la finalidad de aquella ciega lucha hacia la vida, aquel vehemente batir de alas, aquel gigantesco esfuerzo biológico sin sentido? Mientras miraba hacia abajo, pareciéndome ver la innoble y pequeña historia de cada criatura casi de una ojeada, me sentía hondamente angustiado. Sería preferible que ninguna de aquellas aves, ninguno de nosotros, hubiéramos nacido, que aquella lucha cesase para siempre. Permanecía de pie en lo alto de la torre, solo, desesperadamente desdichado. Pero el engranaje volvió a sufrir un cambio y el tiempo corrió aún más de prisa, y con tal velocidad lo hacía, que no se percibía en las aves el menor movimiento, asemejándose a una enorme llanura sembrada de plumas. Sin embargo, por aquella llanura, oscilando entre los cuerpos, pasaba ahora una especie de llama blanca, temblando, danzando, apresurándose luego. Y, tan pronto como la vi, comprendí que aquella llama era la vida misma, la quintaesencia del ser. Y entonces vi, en un estallido de éxtasis, que nada importaba, nada podría importar nunca, porque ninguna otra cosa era real, excepto aquella estremecida y apresurada ondulación del ser. Aves, hombres o criaturas aún no formadas y coloreadas, nada de ello importaba, salvo en tanto que aquella llama de vida se moviese entre ellos. En pos de sí no dejaba nada por lo cual afligirse. Lo que yo juzgara tragedia no era sino mero vacío, o sombras chinecas. Porque ahora todo sentimiento genuino estaba capturado y purificado, y danzaba extáticamente con la blanca llama de la vida. Jamás había experimentado dicha tan profunda como al final de mi sueño de la torre y las aves...

Y esa blanca llama, como tal vez hayan



Aves en vuelo en el Japón, un «vasto río aéreo de aves».

observado ustedes, no se hizo visible hasta después de la segunda aceleración de aquella vida alada, en lo que podría definirse como el tercer tiempo.

Los lectores de Jung recordarán la importancia que este da a un proceso de desarrollo que denomina «individuación», el cual, aportando una nueva relación a lo inconsciente, transforma al ego unilateral en el «Yo» de amplia base. (Incidentalmente, encontró un proceso y transformación similares, expresados de manera simbólica, en el antiguo pensamiento chino.)

Ahora bien: esto debe de lograrse raras veces, y aun así, en la mayoría de los casos, solamente hacia el final de una larga vida. ¿Cuál es entonces la finalidad de todo ello? ¿Para qué luchar hacia una meta ensombrecida por la

tumba? ¿Por qué comprender, al fin, cómo vivir, en el preciso momento en que se está a punto de cesar de vivir?

Jung no formulaba ni respondía a tales preguntas. Pero ahora creo que su «individuación» y realización del «Yo» constituyen una preparación para la existencia fuera del tiempo Uno, en los tiempos Dos y Tres. Probablemente, en el tiempo Dos nos movemos de la personalidad hacia el yo esencial, nunca realizado en el tiempo Uno, y ahora, en el tiempo Dos, tarde o temprano, el yo ha de adoptar su forma y colorido finales, extendiéndose hasta sus límites, quizá aquellos pertenecientes a uno de un reducido número de tipos igualmente esenciales. Hemos de convertirnos de manera más completa en nosotros mismos antes de que, en nuestra existencia solamente en el tiempo Tres, nos disolvamos por último en una consciencia desprendida, como me pareció que me ocurría a mí cuando solo tenía una consciencia extática de aquella blanca llama.